

25 de diciembre. Navidad

Reflexionaremos sobre el Evangelio de la misa de medianoche, tradicionalmente conocida como Misa del gallo. El Evangelio de la misa del día es el mismo del 2º domingo después de Navidad, día 3 de enero.

Is 9, 1-6 / Sal 95 / Tit 2, 11 – 14 / Lc 2, 1-14

Sucedió en aquellos días que salió un decreto del emperador Augusto, ordenando que se empadronase todo el Imperio. Este primer empadronamiento se hizo siendo Cirino gobernador de Siria. Y todos iban a empadronarse, cada cual a su ciudad.

También José, por ser de la casa y familia de David, subió desde la ciudad de Nazaret, en Galilea, a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, para empadronarse con su esposa María, que estaba encinta.

Y sucedió que, mientras estaban allí, le llegó a ella el tiempo del parto y dio a luz a su hijo primogénito, lo envolvió en pañales y lo recostó en un pesebre, porque no había sitio para ellos en la posada.

En aquella misma región había unos pastores que pasaban la noche al aire libre, velando por turno su rebaño. De repente un ángel del Señor se les presentó; la gloria del Señor los envolvió de claridad, y se llenaron de gran temor.

El ángel les dijo: «No temáis, os anuncio una buena noticia que será de gran alegría para todo el pueblo: hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, el Mesías, el Señor. Y aquí tenéis la señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre».

De pronto, en torno al ángel, apareció una legión del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». (Lucas 2, 1-14)

1. Desde la Palabra de Dios

Lucas compone un relato histórico y teológico sobre el nacimiento de Jesús. Los datos históricos aparecen en los primeros versículos: el emperador Augusto, el gobernador Cirino, José y María. Y en estas indicaciones elementales, el evangelista va describiendo los aspectos teológicos del Niño que nace como ser humano en la pobreza.

Este Niño, desprotegido y débil, nace como descendiente del rey David. Según los profetas el Mesías nacería de la familia de David en Belén.

Este Niño es el Salvador, Mesías y Señor. Lucas enfoca el nacimiento de Jesús desde la perspectiva de la fe de Pascua. Los signos pascales son: la gloria del Señor, la alegría y la universalidad de la salvación: para todo el pueblo. Por eso, a los pastores les da una señal: pañales y pesebre, que se asimilan a sudario y sepulcro.

Jesús viene a traer la salvación y la liberación, desde su aceptación de la precariedad y pobreza que esclavizan a muchos humanos. A todos quiere ayudar con la oferta de su redención.

El cántico de los ángeles da el tono al acontecimiento salvador. La “gloria de Dios” que ama y quiere salvar a todos, es la finalidad primera del nacimiento de Jesús.

La gloria de Dios se va realizando en la historia humana. Dios ha querido acercarse todo lo posible al hombre. Que no es un ser olvidado de Dios. Es el ser preferido del amor de Dios, que nos envía a su

Hijo en figura y presencia humanas, en la pobreza y en el olvido de muchos.

Ese Niño es Dios y se hace pequeño, sencillo y cercano. Para que superemos todo miedo a la grandeza de la divinidad y nos acerquemos a Él con toda confianza. La gloria de Dios queda manifestada en la pobreza y sencillez, signos de la condición humana.

La “paz”. Es el mensaje de los ángeles que pregonan el gran regalo que nos trae el recién nacido. La paz es la síntesis de todos los bienes que el Señor nos obsequia. La paz es también la plenitud de la vida que el Resucitado imparte a los discípulos.

La paz es la consecuencia del amor de Dios. Paz a los hombres que ama el Señor (v 14). Jesús viene a mostrarnos el rostro amable y misericordioso del Padre. Lucas es quien más resalta en su Evangelio el aspecto misericordioso del Señor.

Esta Navidad tan distinta a tantas otras, con tantas ausencias, Dios nos da la oportunidad de profundizar en el misterio, o si queréis, que el misterio de un Dios pequeño y necesitado entre en lo más íntimo de nuestro ser.

Éste es el mayor milagro que Dios ha realizado: un Niño se nos ha dado, un Niño débil, pobre, sencillo, necesitado y cercano encierra todo la grandeza de Yahvé. Ya no podemos tener miedo ni recelo a este Dios que busca ansiosamente nuestra amistad, nuestra respuesta de amor. ¿Qué más puede hacer Dios por llegar a nuestros corazones?

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ¡Feliz Navidad!

En el seno de la madre Iglesia, esta noche ha nacido nuevamente el Hijo de Dios hecho hombre. Su nombre es Jesús, que significa Dios salva. El Padre, Amor eterno e infinito, lo envió al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo (cf. Jn 3,17). El Padre lo dio, con inmensa misericordia. Lo entregó para todos. Lo dio para siempre. Y Él nació, como pequeña llama encendida en la oscuridad y en el frío de la noche.

Aquel Niño, nacido de la Virgen María, es la Palabra de Dios hecha carne. La Palabra que orientó el corazón y los pasos de Abrahán hacia la tierra prometida, y sigue atrayendo a quienes confían en las promesas de Dios. La Palabra que guio a los hebreos en el camino de la esclavitud a la libertad, y continúa llamando a los esclavos de todos los tiempos, también hoy, a salir de sus prisiones. Es Palabra, más luminosa que el sol, encarnada en un pequeño hijo del hombre, Jesús, luz del mundo.

Por esto el profeta exclama: «El pueblo que caminaba en tinieblas vio una luz grande» (Is 9,1). Sí, hay tinieblas en los corazones humanos, pero más grande es la luz de Cristo. Hay tinieblas en las relaciones personales, familiares, sociales, pero más grande es la luz de Cristo. Hay tinieblas en los conflictos económicos, geopolíticos y ecológicos, pero más grande es la luz de Cristo.

Que Cristo sea luz para tantos niños que sufren la guerra y los conflictos en Oriente Medio y en diversos países del mundo. Que sea consuelo para el amado pueblo sirio, que todavía no ve el final de las hostilidades que han desgarrado el país en este decenio. Que remueva las conciencias de los hombres de buena voluntad. Que inspire hoy a los gobernantes y a la comunidad internacional para

encontrar soluciones que garanticen la seguridad y la convivencia pacífica de los pueblos de la región y ponga fin a sus sufrimientos. Que sea apoyo para el pueblo libanés, de este modo pueda salir de la crisis actual y descubra nuevamente su vocación de ser un mensaje de libertad y de armoniosa coexistencia para todos.

Que el Señor Jesús sea luz para la Tierra Santa donde Él nació, Salvador del mundo, y donde continúa la espera de tantos que, incluso en la fatiga, pero sin desesperarse, aguardan días de paz, de seguridad y de prosperidad. Que sea consolación para Irak, atravesado por tensiones sociales, y para Yemen, probado por una grave crisis humanitaria.

Que el pequeño Niño de Belén sea esperanza para todo el continente americano, donde diversas naciones están pasando un período de agitaciones sociales y políticas. Que reanime al querido pueblo venezolano, probado largamente por tensiones políticas y sociales, y no le haga faltar el auxilio que necesita. Que bendiga los esfuerzos de cuantos se están prodigando para favorecer la justicia y la reconciliación, y se desvelan para superar las diversas crisis y las numerosas formas de pobreza que ofenden la dignidad de cada persona.

Que el Redentor del mundo sea luz para la querida Ucrania, que aspira a soluciones concretas para alcanzar una paz duradera.

Que el Señor recién nacido sea luz para los pueblos de África, donde perduran situaciones sociales y políticas que a menudo obligan a las personas a emigrar, privándolas de una casa y de una familia. Que haya paz para la población que vive en las regiones orientales de la República Democrática del Congo, martirizada por conflictos persistentes. Que

sea consuelo para cuantos son perseguidos a causa de su fe, especialmente los misioneros y los fieles secuestrados, y para cuantos caen víctimas de ataques por parte de grupos extremistas, sobre todo en Burkina Faso, Malí, Níger y Nigeria.

Que el Hijo de Dios, que bajó del cielo a la tierra, sea defensa y apoyo para cuantos, a causa de estas y otras injusticias, deben emigrar con la esperanza de una vida segura. La injusticia los obliga a atravesar desiertos y mares, transformados en cementerios. La injusticia los fuerza a sufrir abusos indecibles, esclavitudes de todo tipo y torturas en campos de detención inhumanos. La injusticia les niega lugares donde podrían tener la esperanza de una vida digna y les hace encontrar muros de indiferencia.

Que el Emmanuel sea luz para toda la humanidad herida. Que ablande nuestro corazón, a menudo endurecido y egoísta, y nos haga instrumentos de su amor. Que, a través de nuestros pobres rostros, regale su sonrisa a los niños de todo el mundo, especialmente a los abandonados y a los que han sufrido a causa de la violencia. Que, a través de nuestros brazos débiles, vista a los pobres que no tienen con qué cubrirse, dé el pan a los hambrientos, cure a los enfermos. Que, por nuestra frágil compañía, esté cerca de las personas ancianas y solas, de los migrantes y de los marginados. Que, en este día de fiesta, conceda su ternura a todos, e ilumine las tinieblas de este mundo.

Papa Francisco. Bendición «Urbi et Orbi»
25/12/2019

3. Desde el fondo del alma

Postrados ante el Niño Dios

Niño Dios, hoy volvemos a recordar aquella noche cuando el cielo y la tierra se unieron en ti y ahí Tú llenaste este mundo de tu presencia, del amor de Dios, de su bondad y de su misericordia, porque Tú el Dios vivo y verdadero te hiciste uno de nosotros para llevarnos al Padre desde nuestra fragilidad y debilidad, para que en ti y por ti encontráramos toda gracia y toda bendición.

Niño Dios, Tú que desde el primer momento experimentaste el rechazo y el desprecio pero en los brazos de tu madre sentiste apoyo y fortaleza, te pedimos por cada uno de nuestras familias, en especial por aquellos que se han alejado de ti, por los que ya no te buscan, por aquellos que te han sustituido en sus vidas y hoy Tú ya no ocupas un lugar en ellos.

Niño Dios, derrama tu amor en nuestras familias, y haz que todos y cada uno de nosotros sintamos el amor que tu Madre te dio y así por ella podamos experimentar el amor que Tú le diste para que seducidos por tu amor, volvamos a ti y te abramos el corazón para que Tú hagas en nosotros las maravillas que hiciste en tu Madre y en José.

Ven Niño Dios a nuestros hogares, ven a nosotros; ven e inúndanos de tu amor y de tus gracias transformándonos y llenándonos de tu presencia viva para que así también nosotros podamos contar tus maravillas y ser testigos de tu presencia.

Bendícenos a todos y a cada uno de nosotros y que tu amor sea más fuerte que nuestra apatía e

indiferencia, que tu bondad nos seduzca y nos una más a ti, glorificándote como nuestro Dios y Señor, reconociéndote como el sentido de nuestras vidas, como el Dios vivo hecho hombre, por quien y en quien recibimos gracia y bendición, salvación y gloria.

Amén.

